

Reseñas

La comparación de religiones y culturas (o elementos culturales) hispanos con otras culturas foráneas mejor definidas es una constante metodológica de esta obra. En general de los trabajos de J.M. Blázquez del que es claro exponente el trabajo dedicado a las semejanzas y diferencias entre el periodo orientalizante tartésico y el mundo etrusco (pp. 33-54); o bien el sincretismo teonímico (dioses del acervo religioso y mitológico greco-romano que se asocian o suman a los indígenas) en los testimonios epigráficos de la Península Ibérica (pp. 223-241). En los trabajos de J.M. Blázquez la epigrafía no es un fin en sí misma. No pretende en ningún caso hacer ediciones críticas de una inscripción; ni una sola inscripción en concreto es el tema que motiva un estudio sino que son elementos complementarios de otros, los arqueológicos, arquitectónicos, numismáticos, artísticos y literarios, que se conjugan prácticamente a partes iguales.

Resulta curioso que, sin ser el autor un experto epigrafista, gran parte de sus estudios se apoyen en la documentación epigráfica de tipo religioso o funerario. Como he apuntado ya, lo que hace J.M. Blázquez es «digerir» los nuevos testimonios y las nuevas teorías, pasándolas por el tamiz de la vasta documentación acumulada que maneja, haciendo, si ha lugar, nuevas propuestas de conjunto, o simplemente aceptando las nuevas corrientes de pensamiento, de modo que estos trabajos (especialmente algunos de ellos, o parte de ellos, como las páginas dedicadas al culto a Ataecina) sean también en cierto modo estudios de historiografía.

El hilo conductor de todo el libro es, ciertamente, la religión de los pueblos prerromanos de Hispania; pero también lo es —como se indica puntualmente en el título— las creencias funerarias, que no son sino una forma de religiosidad en todas las culturas antiguas. Pero, a su vez, estos dos referentes son tratado por «temas» que competen a uno o a los dos ámbitos (el funerario y el religioso-ritual), por ejemplo la música y la danza (pp. 95-104), la familia (pp. 105-118), el culto a las aguas (119-131), el uso de determinadas fórmulas votivas (pp. 205-208), o bien el culto al toro, animal totémico y funerario al que se dedican varios capítulos de la tercera parte (particularmente pp. 245-276, 277-289, 303-314, 339-346).

Estamos, pues, ante un libro de referencia para los temas tratados, que es exponente de la enorme capacidad de trabajo del autor, así como de su facilidad para sintetizar temas tan complejos como los que atañen a la religiosidad de los pueblos primitivos de Hispania, sobre los cuales nunca se habrá dicho la última palabra.

Sabino Perea Yébenes

BLÁZQUEZ, Jose M^a, *Dioses, mitos y rituales de los semitas occidentales en la antigüedad*. Madrid 2001. Ediciones Cristiandad. 319 págs.

Este libro es un largo viaje en el tiempo, que nos lleva desde el segundo milenio a.C. hasta el mundo árabe preislámico, siendo, en consecuencia, una síntesis de la religión semita —orientales y occidentales, a pesar de lo indicado en el título—, que se nos va explicando, como compartimentos estancos, en cada uno de los distintos

Reseñas

grandes grupos o culturas «religiosas» que tienen un común tronco semítico: los sirios del segundo milenio a.C., los cananos, los fenicios, los arameos, los hebreos, los palmirenos y los árabes anteriores a la Hégira.

Dentro de cada pueblo, de cada capítulo, el autor nos detalla cuáles eran sus dioses principales, ya sea a través del arte (prueba de ello son el excelente racimo de fotografías que se nos ofrecen al final del libro), de las mitologías, o de los textos «religiosos canónicos» cuales son los libros del Antiguo Testamento, que parecen ser —o así se trasluce— el punto final y la síntesis de las religiones semitas. A este pensamiento nos lleva posiblemente el hecho de que poseamos mayor y más diversa información sobre la religión de los hebreos que sobre cualquier otra, al tiempo que los escritos veterotestamentarios son, hay que reconocerlo, el colofón de la gran literatura mitológica oriental, superándola hasta el punto esencial de convertir los mitologemas en teologías.

Eso no significa que los mitos para-bíblicos, y paralelos a los bíblicos, sean menos simples y tuvieran menos ambiciones «religiosas», sino que simplemente su narración está más anquilosada en las estructuras literarias arcaicas, pensadas más para la recitación, el cántico colectivo, o la representación festiva, que para la lectura meditada destinada a conmover el espíritu.

El relato que hace Eusebio de Cesarea (*Hist. Eccl.* I,10) de la cosmología fenicia (ver aquí pp. 183-194) es un ejemplo de la concepción que tenía en época tardía de la religión semita que es protagonizada, curiosamente, por personajes (casi todos) de nombre griego, Urano, Cronos, Apolo, haciendo Eusebio sólo en algunos casos un relato etiológico de los nombres de los dioses sacados de los libros que debían ser explicados, por ejemplo, así: «Dagón, puesto que había descubierto el trigo y el arado, recibió el nombre de Zeus Arotrios. Sydek, a quien se llama el Justo, habiéndose unido a una de la Titánides, se hizo padre de Asclepios, etc.» Para los griegos y para los romanos los dioses semíticos son un recuerdo, un ejercicio de erudición para los escritores. Los elementos verdaderamente semíticos habían sido incorporados al espíritu griego conservando algunos elementos exóticos orientales —pensemos por ejemplo en el mito de Adonis— siendo lo «histórico» el común denominador del elemento oriental-semítico que se inserta en la religiosidad o en ciertos cultos grecorromanos. Por otra parte, había elementos semíticos comunes a varias creencias orientales «supervivientes» en época romana, por ejemplo el culto betílico (en la religión de Cibele, de El Gabal, o de la Allât árabe) y ciertas pautas comunes en los ciclos mitológicos donde el héroe-dios nace milagrosamente y muere torturado para renacer después. En este sentido, sólo la religión hebrea se mantiene «pura», celosa de su esencia monoteísta y anicónica (respecto a la imagen de Yahvé), que no se mezcla sino muy superficialmente con otros credos, de modo que de hecho es la única religión semita *stricto sensu* que conocemos bien en el milenio largo mediante entre la creación del pensamiento racional griego y la fundación del Islam.

Estas ideas particulares están sacadas tras la lectura de este libro; y otras personas podrá sugerirle otras ideas o dar otro sentido a las creencias de los semitas, sencillas en origen, pero que se fueron haciendo complejas con el transcurrir de los

Reseñas

siglos. El libro puede ser una síntesis de mitologías y creencias semíticas, divididas por áreas culturales o pueblos, de más antiguo a más reciente (dentro del mundo antiguo), presentados de forma equitativa en cuanto a intensidad y extensión, de modo que la obra ofrece una buena panorámica de conjunto.

La religión semita es como un río de larguísimo recorrido, que se fue expandiendo por amplias vegas, y, aunque tenía fugas (religión cananea, aramea, etc.) , y aportó agua a otras religiones (como la griega), nunca perdió el caudal principal (alimentado por el pueblo hebreo a lo largo de todo el primer milenio a.C.), recibiendo luego el aporte fabuloso del Islam. Ese río milenario aún sigue vivo y en avance hacia un mar que aún no se divisa en el horizonte.

Sabino Perea Yébenes